

TOC

Santiago Vázquez



Ilustración de Andrés Pabón



Santiago Vásconez

Soy comunicador y estoy convencido de que las palabras tienen el poder para construir realidades. Amante de las letras, del diseño y la ilustración, he participado en las antologías de cuento corto *Mínimal I y II*, de cuento largo *Luz Lateral II*, en la Revista Matapalo y mis cuentos *El viaje de Sr. Thomas e Invisibles* fueron publicados por Girándula para los Maratones del Cuento 2018 y 2019. Este camino de letras, libros y gestión cultural me llevó a fundar y dirigir Chacana Editorial. Mi web es www.santvasconez.com y mi cuenta en Instagram: @sant.vasconez.



Andrés Pabón

¡Hola! Me llamo Andrés Pabón. Soy ilustrador y nací en Quito, donde vivo actualmente. Trabajo profesionalmente desde hace diez años.

Ilustro para cuentos, cómics, series de animación y hasta para publicidad, aunque he de confesar que esta última no es mi área preferida. A veces también escribo historias. Hay muchas cosas que recuerdo de mi niñez y muchas no, pero de lo que único que estoy seguro es de que siempre he pasado dibujando. Creo que todos podemos ser lo que queramos con una pizca inicial de talento y mucha, pero mucha disciplina, felicidad y ganas de aprender.



El virus. El virus. El virus. Alcohol. Alcohol. Alcohol. Debo limpiarlo todo. Debo limpiarlo todo. El virus no puede entrar en esta casa. He aguantado un año, dos meses, cuatro días, ocho horas, veinticinco minutos y contando; puedo aguantar un poco más. Pronto llegará el abuelo.

Ahí hay una mancha. ¿Dónde dejé el alcohol? Veamos, por aquí, por acá. Oh, está en mi mano. ¡Qué despistado soy! Perdería la cabeza si no la tuviera pegada al cuerpo.

¡El cuerpo! Me he lavado las manos cantando los pollitos dicen para que no me falte ni un segundo, pero me he olvidado del cuerpo. ¡Qué despistado soy!

Alcohol. Alcohol. Alcohol. Debo limpiarlo todo. Debo limpiarlo todo. El abuelo necesita que todo esté limpio. Camisa fuera. Pantalón fuera. Todo en el tacho desinfectado directo a la lavadora. Ahora hay que limpiar el tacho otra vez. Y las manos. ¡Las manos! Otra vez los pollitos. ¿Cómo empezaba la canción? Ah, sí, ya recuerdo. Suficiente espuma. Tara rara rara ra. Listo.

Pero qué frío hace. ¿¡Quién dejó abierta esa ventana!? El virus no puede entrar en esta casa. He aguantado un año, dos meses, cuatro días, ocho horas, treinta y dos minutos y contando; puedo aguantar un poco más.

Debió ser Martha. Ella siempre tan despistada. Listo, ventana cerrada. ¿Por qué esa mujer me miró de esa manera? ¿Acaso se sonrojó? ¡Estoy sin camisa! ¡Qué despistado soy! Debo ponerme una.

Las camisas están en su sitio. De la más clara a la más oscura, ordenadas cromáticamente, como me enseñó el abuelo. ¡No podía ser de otra manera!

Pero... toqué el pestillo de la ventana. Otra vez al baño, debo lavarme las manos. Pollitos vengan a mí. Tara rara rara ra. Listo. El virus no puede entrar en esta casa. He aguantado un año, dos meses, cuatro días, ocho horas, cuarenta y tres minutos y contando; puedo aguantar un poco más. Pronto llegará el abuelo, faltan pocos días.

Ahora, a encontrar una camisa, hace demasiado frío. Hoy es martes. ¿Pero dónde está la camisa del martes? Debería estar entre la del lunes y la del miércoles. Naturalmente. ¿Dónde se habrá metido? Seguro Martha la cambió de lugar. Ella siempre tan despistada.

No está en el cajón de las medias. ¡Claro que no! Tampoco en el de los sacos y camisetas. Ni en el de las bufandas y guantes. Ni en el de los pijamas. Tal vez entre la ropa de playa. No. ¿Dónde está la camisa del martes? Todo lo demás está en su sitio. Solo ella se ha escondido. Debajo de la cama, sobre la silla del escritorio. Nada.

¿¡Qué es ese sonido!?! Campanitas, campanotas, es la lavadora. Seguro terminó de lavar. Qué frío hace, santo cielo. Ya están todas las ventanas cerradas y todo ha sido desinfectado. El abuelo necesita que todo esté limpio. ¿Por dónde entra tanto frío? Y yo aquí sin camisa. ¡Mira! Así que aquí estabas. ¡Qué despistado soy! Hoy es martes, salí contigo a recoger la carta y, al regresar, te eché directo a la lavadora. Tenía que lavarte. Naturalmente. El virus no puede entrar en esta casa. He aguantado un año, dos meses, cuatro días, ocho horas, cincuenta y ocho minutos y contando; puedo aguantar un poco más.

Alcohol. Alcohol. Alcohol. Debo limpiarlo todo. Debo limpiarlo todo. La carta. ¿Dónde dejé la carta? Era una carta muy importante. Debí guardarla en el lugar de las cosas importantes. Naturalmente. En la segunda canasta de la repisa, junto al cuadro de la señora con su niño en brazos. Cada vez que le pregunto a Martha por qué le gusta tanto ese cuadro, nunca me responde. Ella siempre tan despistada.

La carta debería estar aquí. Pero no está. ¿Dónde la habré dejado? Recuerdo haber entrado por la puerta de la casa, me saqué los zapatos, naturalmente, y vine directo a la lavandería. Desinfecté todo y puse la ropa a lavar. ¡Ahí estás! Claro, te eché tanto alcohol que quedaste empapada, por eso te colgué en el tendedero de ropa. ¡Qué despistado soy!

Bueno, al fin podré leer la carta.

Querido nieto,

Te amo con todo mi corazón.

Espero que tu hermana y tú se encuentren muy bien.

Estoy seguro de que este tiempo no ha sido fácil para ti. Sé que te preocupa mucho la limpieza y el orden, y que cuidas que todo esté reluciente para que pueda visitarte. Lo pienso y sonrío imaginándolo.

Solo te pido que lo tomes con calma. En unos días podré estar con ustedes y todo volverá a ser perfecto. Como siempre lo fue.

¡Ay, abuelito!, por supuesto que estoy tranquilo. ¡No podría ser de otra manera! Él siempre tan despistado.